

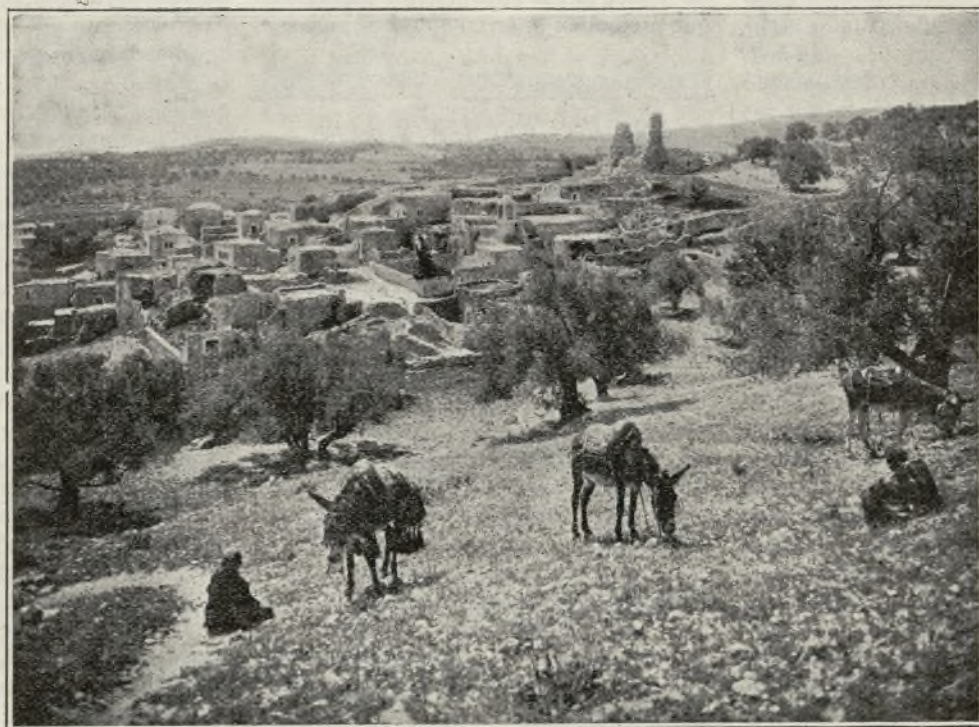
ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO VII. — NÚM. 340

Madrid, 29 de Julio de 1926

PRECIO: 15 CÉNTS.

JESÚS Y SUS LÁGRIMAS



LAS TIERRAS BÍBLICAS EN NUESTROS DÍAS

Una vista de Betania, la ciudad donde lloró Jesús.

(Fot. Boyer.)

PERO ¿es posible que Jesucristo haya llorado?...

Y se comprende que así nos pasemos. Porque ver llorar a todo un Dios es cosa tan extraña, tan incomprensible, tan inefable, que, aun estando de ello firmemente convencidos por la autoridad del Sagrado Evangelio, parece como que nuestra inteligencia se resiste a admitirlo, ya que nos creemos, y realmente lo somos, incapaces de penetrar ese misterio: que misterio es el llanto de Dios, si en este valle de dolores las lágrimas no son misterio.

Por lo cual, ya en los primeros tiempos del Cristianismo, no faltaron quienes, según Epifanio, obispo de Salamina de Chipre, en los siglos IV y V, y Doctor de la Iglesia griega, considerando indignos de Jesús los pasajes de Lucas (XIX, 41), Juan (XI, 35) y la Epístola a los Hebreos (V, 7), que hacen relación a sus lágrimas, los

suprimieron con una osadía sólo comparable a su ignorancia. Excusables, así y todo, por el elevado concepto, siquiera erróneo, que se habían formado de la divina Persona de Cristo; y aun más excusables, comparados con los modernos racionalistas, emparentados con los fariseos de entonces, que se escandalizan, después de despojarle de su divinidad, de que Jesús haya llorado.

Que Cristo *sonriera* no es improbable; y hemos de tenerlo como certísimo lo que estamos acostumbrados a meditarle en brazos de su amantísima Madre y de José, recibiendo sus caricias más puras que el pensamiento de un ángel y más encendidas que el aliento de un serafín. ¿Cómo no sonreír el divino Nazareno con esa sonrisa afable de las personas bien educadas y de los corazones naturalmente bondadosos, al conversar con discípulos tan *amados* como Juan, tan espontá-

neos como Pedro y con amigos tan finos y leales como Lázaro y sus hermanos?

En cuanto a *reírse*, ya es otra cosa: damos por seguro que Cristo no se rió nunca. «Jamás se lee que Jesucristo, nuestro Señor, se haya reído», nos dice el gran obispo y doctor, también de la Iglesia griega, Basilio.

Augusto Nicolás observa que, a su juicio, hay dos razones para que no se riera nunca. «Jamás brotó la risa — dice — sino cuando se causa una sorpresa al espíritu con una oposición de cosas o de situaciones que no había prescrito.» Así es que el genio cómico, que crea las situaciones que causan risa, no suele ser risueño, porque ve demasiado el fondo de las cosas para sorprenderse de ellas. ¡Cuán incompatible es, pues, la risa con la divina inteligencia, que todo lo ve, que lo sabe todo y a quien se descubren los corazones! Particularmente, con esa inmensa

SUMARIO

Jesús y sus lágrimas (Aguirre de Zabala). — Jesús en la Cruz (J. Chicharro). — Tertuliano y su «Apolo-gía» (C. A. G.). — El Culto de la Virgen. — Consulto-rio bíblico (Guillermo Douglas). — Los animales de la Biblia (Angel Cabrera). — Si amas a Dios. — A través de la Prensa. — Revista de libros. — Informa-ción Evangélica. — Esfuerzo Cristiano. — Escuela Dominical.

compasión, con esa infinita misericordia que descendió de la felicidad del cielo al abismo de nuestra miseria para curarnos de ella. El sentimiento de esta infinita sa-biduría y de esta infinita misericordia es lo que hace, a nuestros ojos, imposible la risa en la sublime figura del Hombre-Dios.

A las cuales razones del eximio escri-tor francés agregamos que la *visión bea-tífica* y la no menos clara y detallada de su futura pasión, no solamente por los enormes padecimientos a que sería sometido, sino también por lo infructuosa que había de ser para muchos (Luc., II, 34.), impedían ciertamente en Jesucristo ese fenómeno tan natural al hombre, y que los filósofos aducen en su abono, como prueba inequívoca de que es un sér ra-cional.

Pero de sus lágrimas no puede caber-nos la más ligera sombra de duda. Co-menta A. Lapide que Jesús debió de llo-rar muchas veces, singularmente orando, por más que el Evangelio de sólo dos hace mención; conviene, a saber: delante de Jerusalem y en los momentos de resu-citar a Lázaro; mas «en los días de su car-ne, habiendo ofrecido ruegos y súplicas con gran clamor y *lágrimas*, al que le po-día librar de la muerte» (Hebr., V, 7).

Es que, como se expresa Orígenes, que-ría practicar en Si propio, ya que venía a ser nuestro modelo en todo, aquella «bie-naventuranza de los que lloran» (Mateo, cap. V, 4; Luc., VI, 21), como todas las otras que había predicado. Es que quería, nota Cirilo, de Alejandría, demostrarnos su compasiva naturaleza y sus inefables ternuras. Quería, añade Belarmino, enseñar-nos a amar las lágrimas en esta vida de ellas. Pero ninguno da la razón verdade-ra e intrínseca sino el gran Crisóstomo, cuyas son estas palabras: «Si no fuera de nuestra misma naturaleza no se hubiera visto *forzado* a llorar una y más veces.» (Hom., LXII.)

Exacto: ¿no era hombre Jesús? Y ¿no lloramos todos los hombres? ... Nuestro primer saludo al mundo es un gemido; y desde el lecho de muerte dejámosle como ofrenda de arrepentimiento la última y más preciosa lágrima que rueda de nues-tros ojos apagados.

De creer es que nuestro amoroso Sal-vador lloró en el momento de nacer, al sentir por vez primera el frío probable de una noche cruel ¡ay! y el frío... el hielo de tantos corazones. Pensemos que lloró en las penalidades y privaciones de la huida a Egipto; y en las humillaciones que sólo por ser judío, no digamos por ser pobre, hubo de soportar mil y mil veces de las

sombrias caras de los egipcios: ¡debe de ser tan amargo el pan del destierro!... Lloró, seguramente, «manso y humilde de corazón», como era (Mat., XI, 29; XXI, 5. Zac., IX, 9) al sentirse herido más de una vez por la ingratitud de aquel pueblo de *dura cerviz*, sobre el que derramaba, sin tasa ni medida, los tesoros de su omni-potencia y su misericordia; meditando sobre los innumerables pecados del mundo que en horrenda competencia de pueblos y de almas ofendían al Padre; y sobre el crecido número de los réprobos, que, aunque inmensamente, incalculablemente menor que el de los escogidos (tal es nues-tra modesta opinión, en consonancia con los teólogos y los apologistas modernos, que pretenden traer, en apoyo de su tesis,

JESÚS EN LA CRUZ

*No me mueve el gemir del agua pura,
Ni el suspirar del aura cariñosa,
Ni del sol la carrera majestuosa
A quererte con más viva ternura.*

*No me mueve el silencio de tu altura,
Ni el fragor de tormenta pavorosa,
Ni el claror de la aurora esplendorosa
Adorarte con más tierna dulzura.*

*No es el tibio lucir del alba clara,
Ni la suave fragancia de la rosa
Quien consuela el gemido de mi pena.*

*Es tu sufrir cuando el mortal clavara
Tu cuerpo en la madera vergonzosa,
Quien de amor hacia Ti mi vida llena.*

J. CHICHARRO

Imitación del soneto anónimo «No me mueve, mi Dios para quererte».

a los principales Padres de la Iglesia), sola un alma condenada, perdida por siempre para su amor, era capaz de arrancar lágrimas a sus ojos, pues iba a ser sacrificado por todas con la misma voluntad y los mismos tormentos que se hubiera sacrifi-cado por una sola.

Al resolverse, movido de inenarrable misericordia a la Encarnación, *anonadán-dose* de algún modo, para decirlo con el Apóstol (Philipp., II, 7), se sometió volun-tariamente a todas las sensaciones y de-bilidades humanas, en todo, según *nues-tra semejanza* (Hebr., IV, 15), excepto *el pecado*, que, dicho sea de paso, no es obra humana, sino diabólica (1.^a Joan, III, 8); y, por consiguiente, se sometió también «sin haber desdeñado antes el seno de una vir-gen», a las miserias de la infancia, la ena-jeñación propia del sueño, las molestias del hambre, la sed y la fatiga, los movi-mientos preciosos de las pasiones, menos una (sostenémoslo con ardor), que no ca-bía en Él, si bien todas obedientes a la razón; y, finalmente, a los dolores físicos y morales de todo género y a las horri-bles torturas de la muerte.

Y siendo las lágrimas una de tantas de-

bilidades del hombre, patrimonio de la humanidad caída, cáliz que todos apura-mos, ¿cómo no había de *asumirle* el que siendo Dios era a la vez hombre comple-to? *Perfectus Deus, perfectus homo*, se-gún el Símbolo Atanasiano.

Una sola causa podía impedirselo: la continua *visión*, el inalterable amor y gozo *beatíficos* de que, aun en esta vida, se veía inundado, por lo menos en la *parte superior* de su alma, al contemplar las divinas Personas, sus *relaciones* infinitas y sus eternas *comunicaciones*. Pero, aparte de las formas de conciliación excogita-das por los teólogos, y de que en Cristo acontecía lo que en los más empinados montes, cuyas cumbres permanecen sere-nas y coronadas de luz, mientras abajo se desencadenan y braman las tempestades: se efectuó en Él lo que canta la Iglesia: que *cohibió en Si el poder de la Divinidad para llegar a conseguir la gloria de su Pasión*.

Ya ves, caro lector, que no hay motivo ni para extrañarnos ni para escandalizar-nos de que Cristo llorara. Y si era hom-bre — así lo enseña la Fe, y así lo profe-samos —, ¿cómo no conmoverse su Co-razón, el más tierno, compasivo y aman-te que ha palpitado en pecho humano, hasta en sus más delicadas fibras a im-pulsos de su amor *de hombre* que, en cuanto tal, le sintió durante toda su vida en su más seria pujanza y sus más eleva-dos transportes? ¡Ah! Y si Jesús amó, y amó de esta manera, no dudes, lector que-rido, que lloró muchas, muchísimas ve-ces, haciendo traición sus lágrimas a su amor. Supuesto que las lágrimas, San Agustín lo ha dicho, y en este momento no recordamos dónde, testifican unas ve-ces dolor y amor otras. Brotan como riachuelos de sangre del corazón: «¡Mirad cómo le amaba!», exclamaron a una los judíos, testigos de la estupenda resurrección del amigo Lázaro.

Hermosa y fecunda materia ésta del llanto de Cristo, que se presta a fervorosa meditación, y ha conmovido, derritiéndolos como cera o quebrándolos como cris-tal, apedernalados corazones y rebeldes espíritus que se resistieron por mucho tiempo a las inspiraciones más tenaces de la gracia divina, rechazando el freno que no querían tascar, o como Saulo «dando coces contra el aguijón» (Hech., XXVI, 14), y dejando a Jesús a la puerta de su alma *con el rocío de la noche en las guedejas de sus cabellos* (Cant., V, 2), y la espe-ranza en su divino pecho de que se le abriera al fin. Esto es, al cabo de pedirlo con fuertes aldabonazos, con tiernos re-querimientos, con serios avisos, y, por úl-timo, con el argumento que nos avasalla a todos, y la fuerza que nos rinde: las lá-grimas.

Teresa de Ávila lo dice con aquel len-guaje inimitable: «No es por sólo Lázaro aquellas piadosas lágrimas, sino por los que no habían de querer resucitar, aun-que Su Majestad les diese voces.»

AGUIRRE DE ZABALA

TERTULIANO Y SU «APOLOGÍA»

A principios del siglo II, bajo el reinado de Septimio Severo, se desencadenó una persecución contra los cristianos, la quinta de las llamadas persecuciones generales. Desde los tiempos de Trajano, los cristianos estaban expuestos a continuas persecuciones por considerarse ilícita su religión. Las leyes, sin embargo, caían en desuso de tiempo en tiempo, hasta que una nueva tempestad de animadversión contra los cristianos se levantaba, como sucedió en el año 202. Septimio Severo prohibió, bajo severas penas, la conversión de sus súbditos al Cristianismo. La persecución se hizo sentir con mayor crueldad en Egipto y el África latina.

Esta persecución fué la que dió motivo a que Tertuliano escribiera su famosa *Apología contra los gentiles en defensa de los cristianos*, una de las obras más notables en la literatura cristiana de los primeros siglos.

Era Tertuliano un presbítero de Cartago, una de las lumbreras de aquella gran Iglesia africana, que más tarde había de dar a San Agustín de Hipona y de influir tan poderosamente en la teología y en la vida de la Iglesia Occidental. Había nacido de familia gentil. Su padre, centurión romano, le había dado una esmerada educación, destinándolo al Foro. Era ya Tertuliano hombre maduro cuando abrazó la religión cristiana, consagrándose al servicio de su Señor con todo el ardor y el entusiasmo de su exaltado temperamento africano. Algunos años después de su conversión fué ordenado presbítero, y este cargo desempeñaba cuando la persecución le convirtió de nuevo en abogado, no en la forma acostumbrada, sino para la defensa de sus hermanos por medio de la *Apología* que escribió. Ya que no fuera permitido a los cristianos lo que a todos los acusados se concedía, el defenderse en audiencia pública, «seale permitido a la verdad — dice el apologista a los magistrados romanos — llegar bajo la cubierta de estas secretas letras hasta vuestros oídos.»

Pero Tertuliano no se limita a defender a los cristianos perseguidos. Su obra es una defensa completa de la religión cristiana y un ataque formidable contra el paganismo sostenido por el Estado, aunque había perdido por completo su dominio en la conciencia del pueblo.

Leyendo la *Apología* de Tertuliano (1) tropieza uno con frases muy conocidas, que es instructivo encontrar en su contexto; porque Tertuliano tenía el don de expresar en forma original, concisa y feliz, ideas fundamentales.

Por ejemplo, la frase «El alma cristiana por naturaleza», forma parte de un párra-

fo en que el apologista apela al mismo testimonio inconsciente que los paganos daban de su fe en un solo Dios, a pesar de su aparente creencia en muchos dioses:

«¿Queréis que probemos la existencia de Dios por sus obras, por cuanto nos rodea, nos mantiene, nos alegra y nos asombra? Por el testimonio de la propia alma, que, a pesar de su encarcelamiento en el cuerpo, a pesar de las preocupaciones y de la mala educación, a pesar de la tiranía de las pasiones y la esclavitud de los falsos dioses, cuando despierta, como si hubiera pasado una borrachera o un sueño profundo; cuando puede decirse que recupera la salud, entonces invoca a Dios, dándole el solo nombre que le es propio: ¡Gran Dios! ¡Dios bueno! ¡Lo que Dios quiera! Estas frases se encuentran en boca de todos. Le reconoce también como Juez de sus palabras, cuando dice: «Dios me ve; pongo mi confianza en Dios; Dios me lo devolverá.» Este es el testimonio del alma cristiana por naturaleza, porque al decir esto, no mira al Capitolio, sino al cielo. Bien sabe que es de allá de donde dimana, porque procede de Dios.»

En cambio, ¡con qué mordaz ironía habla del origen de los dioses del paganismo, de los vicios y acciones que se les atribuyen, de sus imágenes, templos y sacerdotes! «Si no adoramos — dice — las estatuas y las imágenes frías, que son como cadáveres (y así lo conocen los milanos, las arañas y los ratones, que hacen allí sus madrigueras), ¿por ventura no merece más alabanza que castigo el repudio de un error ya conocido? Los que hablan mal de lo que saben que no es nada, no pueden ofender.»

Es interesante la descripción que hace de un culto cristiano. Por ella se ve cuánto más sencillo, puro y espiritual era que el que hoy se da en la Iglesia de Roma. Tertuliano ridiculiza el uso del incienso («no ofrecemos a Dios el humo del incienso, lágrimas de un árbol de la Arabia») y el de las luminarias «en pleno día», como notas características de las festividades paganas. ¿Qué pensaría si presenciara una de las grandes festividades romanas, con sus centenares de cirios y sus humaredas de incienso?

«Nos reunimos — dice — para hacer oración a Dios... Le rogamos por el emperador, por sus ministros, por las autoridades, por el estado del mundo presente, por la paz y para que retarde el fin del Universo. Nos reunimos para leer las Escrituras, de donde sacamos las luces y los avisos de que tenemos necesidad, según las circunstancias. Esta santa palabra alimenta nuestra fe, levanta nuestra esperanza, fortalece nuestra confianza, estrecha cada día más la disciplina, inculcándonos sus preceptos.»

Todo era claro, natural y sencillo en el culto de los cristianos de los primeros siglos. Se cantaba, se oraba, se leía y se

exhortaba en la lengua del pueblo. El creyente más humilde podía tomar parte de una manera inteligente, y, por lo tanto, salir edificado de aquellas reuniones.

No se habían olvidado todavía las palabras del Apóstol: «Oraré con el espíritu, mas oraré también con entendimiento; cantaré con el espíritu, mas cantaré también con entendimiento... En la iglesia más quiero hablar cinco palabras con mi sentido, para que enseñe también a los otros, que diez mil palabras en lengua desconocida.»

Además, no se creía entonces que la Eucaristía, la participación del pan y del vino, símbolos del cuerpo y la sangre de Jesucristo, fuera una repetición o una continuación del sacrificio de Cristo en el Calvario.

Es verdad que por aquel tiempo empezaba a usarse la palabra sacrificio para aquel acto de culto; pero era en el sentido en que la Epístola a los Hebreos habla del «sacrificio de alabanza, fruto de labios que confiesen a su nombre». Todos los fieles son sacerdotes, y el sacrificio que ofrecen a Dios es un sacrificio de acción de gracias, no un sacrificio expiatorio.

¿Qué pide Tertuliano? Sencillamente la libertad religiosa, y con razones que son tan poderosas hoy como entonces.

«Dejad siquiera libre la elección de la Divinidad; permitase que uno adore a Dios si otro venera a Júpiter; que uno extienda las manos devotas al cielo si otro las extiende a las Aras de la fe (un templo del Capitolio); que uno haga oración mirando al cielo o contando las nubes, como decís (era una creencia popular, que Juvenal recoge en uno de sus versos, que los cristianos adoraban o contaban las nubes cuando oraban. Evidentemente, en los días de Tertuliano los cristianos no dirigían sus oraciones a ninguna imagen), si otro mira los artesones del templo; que uno ofrezca su alma a Dios, si otro la ofrece a un macho cabrío.

«Mirad no merezca llamarse irreligiosidad quitar la libertad de la religión y prohibir la elección de la Divinidad, de manera que no pueda adorar yo lo que quiero, y que se me fuerce a adorar lo que no quiero (como se hace con el cristiano evangélico a quien se quiere obligar a descubrirse al paso del Viático). Si un hombre no gusta de servicios ni cortesías involuntarias, ¿cómo se puede agradecer a Dios de una forzada adoración?»

De Tertuliano es aquella conocida frase: «Somos de ayer y lo llenamos todo», que testifica el extraordinario crecimiento de la Iglesia Cristiana en dos siglos escasos de existencia. «Lo llenamos todo, las ciudades, las islas, los castillos, las villas, las aldeas, los reales, las tribus, el palacio, el Senado, el Consistorio. Sólo dejamos vacíos los templos para vosotros.»

De Tertuliano es también aquella repetida frase: «La sangre de los mártires es una semilla.» «Seguid persiguiéndonos, presidentes buenos, que seréis más aplau-

(1) Hay una traducción española del ilustrísimo F. P. Manero, con prólogo y notas, en que se violenta no poco el original para ponerlo de acuerdo con el catolicismo romano actual.

didos del pueblo, dándoles esta fiesta de sacrificar cristianos; fatigados, atormentados, condenados, desmenuzados, que vuestra maldad es la prueba de nuestra inocencia y enseñanza. Por eso sufre Dios que suframos, para que lo probemos... Segundo, nos sembráis; más somos cuanto más sangre derramáis, que la sangre de los cristianos es semilla.»

C. A. G.

El culto de la Virgen.

POR qué no adoran los cristianos evangélicos a la bendita Madre de Jesús? ¿Por qué se oponen, aun a riesgo de ser calumniados y mal comprendidos, a una práctica religiosa que tanto arraigo tiene en nuestro país? ¿Es que no admiran y respetan a la Virgen?

La admiran, respetan y veneran tanto y más que los católico-romanos. Pero saben que el culto que se le da es contrario a las enseñanzas del Evangelio; y ven a cada paso que ese culto desvía la confianza que los pecadores debieran poner en Jesucristo para encaminarla hacia la Virgen. La devoción a María no puede florecer sino a expensas de la devoción a Jesucristo. Aunque se pretenda lo contrario, es un hecho que donde la Virgen es más exaltada, cantada y adorada, Jesucristo queda relegado a segundo término, cuando no casi completamente olvidado.

Los mismos doctores de la Iglesia romana han señalado a los fieles un camino con preferencia al otro. En *Las Glorias de María*, de San Alfonso de Liguori, se dice que «más presto hallamos la salud acudiendo a la Madre que al Hijo», y también que «muchas cosas se piden a Dios y no se alcanzan, y se piden a María y se consiguen».

No todos los católicos sacan de estas enseñanzas las consecuencias naturales; pero no es de extrañar que aquellos que lo hacen pongan toda su confianza en la Virgen, y se olviden del Salvador que derramó su sangre por ellos.

Para que el culto de María haya llegado a tener la importancia que hoy tiene en la Iglesia, era necesario que se borrara del corazón del pueblo cristiano la imagen espiritual de Jesucristo. El culto de la Virgen no se encuentra ni se concibe en el primer siglo del Cristianismo, ni por algunos siglos.

Los que habían bebido la verdad cristiana de los labios de los Apóstoles, tenían una idea muy alta y muy completa de la obra redentora de Cristo, de su amor y de su misericordia, para pensar en otros mediadores e intercesores delante de Dios. Para los cristianos apostólicos, como para todo cristiano que conozca bien los Evangelios, Cristo es plenamente suficiente para satisfacer todas las necesidades del alma. «En Él estáis completos.» «Cristo es el todo y en todos.»

Pero vinieron tiempos en que el pueblo llamado cristiano fué perdiendo el conocimiento de su Señor. Ya no se leían los Evangelios. La religión no era un vínculo real y viviente con el bendito Salvador, sino un conjunto de dogmas y ritos.

Cristo iba alejándose de la vista de los hombres. Había de venir otra vez, pero su venida, que para los cristianos primitivos era una bendita esperanza, para los cristianos medievales se convirtió en un objeto de terror. Jesús era un *Rey de imponente majestad* (*Rex tremendæ majestatis*), como dice el himno latino.

En cambio, su Madre sería toda dulzura, toda misericordia. Ella no nos tenía que juzgar. Ella no había de venir en un día de la ira para pedirnos cuenta de nuestros actos. Y ella era la Madre de Jesús; más aún, la Madre de Dios, según decía la Iglesia. ¿Qué no podría conseguir ella?

Así nació, fundado en la ignorancia, en la natural tendencia del corazón humano a la idolatría, en la dureza de los tiempos y en la corruptora enseñanza de la Iglesia de Roma, el culto de la Virgen.

Cuando la Reforma sacó a luz de nuevo la Palabra de Dios, salió de sus páginas la verdadera figura de Cristo, y los que la contemplaron no necesitaron ya más el auxilio de una Abogada y Mediadora. No rebajaron a la bendita Madre del Salvador; la enaltecieron; la libraron de un culto en el cual se la trataba como a una diosa del paganismo, y la devolvieron su verdadera corona de «bendita entre las mujeres», y de modelo de creyentes humildes y entregados a Dios.

La Iglesia evangélica honra a María como ella misma quería ser honrada, siguiendo el consejo que ella dió en una ocasión: «Haced lo que Él os dijere». Y, sin embargo, siempre se utilizará como recurso eficaz contra la propaganda evangélica en España el apego del pueblo, y especialmente de la mujer, a este culto idolátrico. Sólo un nuevo descubrimiento de Cristo puede hacer comprender a nuestro pueblo su error.

Sería difícil decir si es la superficialidad de la experiencia religiosa la que fomenta el culto de la Virgen, o si es éste la causa de aquella superficialidad.

La confianza en la Virgen va acompañada de ideas muy deficientes acerca de Dios, acerca del pecado, acerca de la salvación. María, en la idea popular, viene a ser como una de esas madres que, con rodeos y engaños, libran a los chicos traviesos del castigo paterno.

La confianza en Cristo, como medio de salvación señalado por Dios, satisface completamente el alma. No palia el pecado, no lo esconde, no lo disculpa. Lo borra con la sangre de una expiación perfecta. Pone al pecador en paz completa con Dios. Calma la conciencia atormentada. Por eso es Cristo, y solamente Cristo, el que puede decir: «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar».

CONSULTORIO BIBLICO

En esta sección contestaremos las preguntas que se nos envíen sobre asuntos bíblicos.

Preguntas recibidas.

14. Jesús dice: «Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna.» ¿En qué sentido habla de «a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna»?—*J. J. Avellaneda*, Almodóvar del Campo.


Respuesta.

Se pregunta sobre las palabras «os parece» en el versículo 39 del capítulo V del Evangelio, según San Juan. Con mucho gusto trataremos de dar una respuesta.

Miremos todo el versículo. Hoy día (véase la versión Hispano-Americana) reza «Escudriñad» en vez de «Escudriñad»; lo cual no implica entremeternos con las palabras sagradas del Nuevo Testamento. Solamente se ha visto que es más correcto tomar la palabra del original como afirmación que como mandato. No había necesidad de instar a los judíos para que usasen sus Biblias. Las usaban más que muchos que se llaman cristianos. Lo peor era que no siempre las usaban como medio de tener comunión con Dios, sino más bien como un mero libro de texto. «Escucharé lo que hablará el Dios Jehová», dijo el autor del Salmo LXXXV (implicando que él, por su parte, cumpliría con las instrucciones divinas). Contaban el número de los versículos y de las palabras de cada uno de los libros del Antiguo Testamento; calculaban cuál era el versículo y cuál la palabra que caía en medio de la ley, etc. Decían, por ejemplo, que cierta letra en Levítico, XI, 42, es la letra que está en medio de la ley. Uno de sus rabíes decía: «Mientras más ley, más vida.» Creían que los conocimientos bíblicos, sin arrepentimiento, traían como consecuencia la remisión de los pecados. Esta era una opinión a la cual sus inclinaciones les empujaban; porque ¡todo menos un cambio de corazón!, y así les dice Nuestro Señor: «Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros (aunque quizá en esto os equivoquéis) os parece que en ellas tenéis la vida eterna.» Es una mera opinión sin base sólida. Por otra parte, cuando Jesús añade «y ellas son las que dan testimonio de Mí», lo que Él dice es afirmación hecha por labios divinos, como también lo es su afirmación en el versículo siguiente, en cuanto a la verdadera fuente de vida eterna. Esta vida se halla en Él, y el conducto por el cual dimana es la fe del hombre que se dirige a Él.

GUILLERMO DOUGLAS.

Recomiende a sus amigos

 ESPAÑA EVANGÉLICA

LOS ANIMALES DE LA BIBLIA

EL CAMELLO

Uno de los animales cuyo nombre aparece con más frecuencia en la Santa Escritura es el camello, lo cual nada tiene de particular, puesto que la mayor parte de los hechos narrados en el Libro de los libros tuvieron lugar en el Asia occidental, es decir, en lo que podríamos llamar por excelencia la patria del camello. No sólo los escritores sagrados, sino también los historiadores profanos que en la antigüedad se ocuparon de aquellos países, hacen a cada paso mención de este animal, lo cual no ha impedido que lo único que se conoce del mismo en Europa sea su ridícula facha, ya que sobre sus costumbres y utilidad se ha venido fantaseando a más y mejor desde tiempo inmemorial.

Nada más erróneo, en efecto, que lo que se cuenta en infinidad de libros acerca de la dulzura y docilidad del camello. Es éste uno de tantos animales sometidos al hombre, pero nada más, y de todos ellos es seguramente el único que procura demostrar cuán a disgusto soporta la cautividad. En el camello no encontramos ni la nobleza del caballo, ni la generosidad y fidelidad del perro, ni la humildad del asno, ni siquiera la mimosa gazmoñería del gato; es el prototipo de la bestia, especie de máquina viva, que si alguna vez muestra tener inteligencia, es para hacerse antipático al hombre. Así se comprende que la mayor parte de los árabes no tengan para sus camellos las caricias y las dulces palabras con que obsequian a sus caballos; en el caballo ven el amigo, el compañero de penas y fatigas, mientras en el camello sólo ven un esclavo, pero un esclavo gruñón y descontentadizo.

Esto no obsta para que el camello sea un animal útil; la seguridad de su pie, su fuerza, su resistencia y sobre todo su bien conocida sobriedad, le hacen indispensable para la vida del desierto. Los pueblos nómadas de Asia y África no podrían subsistir sin este cuadrúpedo. Por el libro de los Jueces (VI, 5 y VII, 12) sabemos que los amalecitas y madianitas poseían en tiempo de Gedeón tan gran número de camellos, que el autor los compara a las arenas de una playa. Todavía hoy, lo mismo que en aquellas remotas épocas, cuando hay una guerra entre dos pueblos orientales, los camellos forman una gran parte del botín con que se enriquece el vencedor, y sus cadáveres se cuentan por centenares, mezclados con los de los hombres y caballos (1.º Samuel, XV, 3; XXVII, 8, 9). Los hijos de Rubén y de Gad y la media tribu de Manasés, durante la guerra contra los agareños, tomaron a éstos nada menos que 50.000 camellos (1.º Crón., V, 18-21). Del constante uso que de los camellos

hacían en la guerra los antiguos nómadas, es testimonio el verso 17 del capítulo XXX del primer libro de Samuel, donde se nos refiere que, habiendo sorprendido David a los amalecitas mientras festejaban sus recientes triunfos, ninguno de ellos escapó, excepto cuatrocientos jóvenes que tuvieron tiempo para subir en sus camellos y huir con toda la velocidad de que son capaces las desmesuradas piernas de estos animales.

En la época de los patriarcas, los israelitas eran también dueños de numerosos camellos (Gén., XII, 16; XXIV, 35, y XXX, 43), que empleaban, exactamente como los modernos orientales, para hacer sus travesías por el desierto. En el libro del Génesis, cap. XXXI, ver. 17, vemos que Ja-



EL CAMELLO

cob salió de casa de Labán llevando sobre camellos a sus esposas y a sus hijos; y en el versículo 15 del capítulo siguiente, se nos dice que el mismo patriarca incluye en el magnífico regalo ofrecido a su hermano Esaú, «treinta camellas paridas con sus crías». Desde el punto de vista de la riqueza en camellos, el largo período de tiempo que los hebreos pasaron en Egipto debió ser fatal para ellos, pues aunque en el país de los Faraones existían aquellos animales (Éxodo, IX, 3), debían ser sumamente raros, encontrándose tan sólo en la parte más próxima a Asia. Sin embargo, en tiempo del rey David no debían ser raros los camellos en Israel, puesto que el mismo monarca tuvo que designar un empleado para que se hiciera cargo de los de su pertenencia (1.ª Crón., XXVII, 30). Siendo los habitantes nómadas del desierto especialistas en la cría del camello, nada tiene de particular que el tal empleado fuera un ismaelita, el cual, por más señas, llevaba el nombre de Obil. Pero cuando realmente se quedaron los hebreos sin aquel importante ganado, que constituía una de sus principales riquezas, fué en la cautividad de Babilonia; al volver de ella todo el pueblo de Israel no poseía más que 435 camellos, número que con toda exactitud se cita en dos pasajes bíblicos (Esdras, II, 67, y Nehem, VII, 69). ¿Qué significa esto comparado con aquellos inmensos rebaños de los primeros patriarcas? De la cantidad de camellos que en los primeros

tiempos poseían los habitantes del Asia Menor y de Arabia, sólo puede darnos idea el libro de Job, donde se nos dice que este varón, el más rico de los orientales, era dueño de 3.000 camellos en un principio, y de doble número cuando con nuevos bienes premió el Señor su paciencia (Job, I, 3, y XLII, 12).

Los hebreos, y los pueblos que en contacto con ellos vivían, hacían de los camellos el mismo uso que hacen hoy todos los pueblos del Oriente, salvo comer su carne, que les estaba vedada, por no tener estos animales el pie conformado enteramente como el de los demás rumiantes (Levítico, XI, 4; Deuter., XIV, 7). Usábanlos principalmente para viajar, conduciendo cargas a través del desierto (Isaías, XXX, 6); sobre camellos llevaban los ismaelitas a Egipto los aromáticos productos de su país (Gén., XXXVII, 25, 28); sobre camellos hizo cargar la reina de Sabá las riquezas con que acaso pretendía deslumbrar a Salomón (1.º Reyes, X, 2; 2.º Crón., IX, 1), y sobre camellos, en fin, llevó Hazeel a Damasco los presentes que el infortunado Ben Adad, rey de Siria, le entregara para Eliseo (2.º Reyes, VIII, 9).

El camello que se emplea como bestia de carga no es enteramente igual al que se usa para montar; aunque de una misma especie ambos, el segundo es más ligero y esbelto, viniendo a ser respecto del primero lo que un caballo de carreras es respecto de un caballo de carro de mudanzas. Este camello de silla, sumamente veloz, se llama en Argelia *mehari*, y *heirie* en otras partes de África; nombres que corresponden al castellano *dromedario*, que en muchos libros se hace extensivo a todos los camellos de una sola joroba, pero que realmente sólo debe aplicarse a los que se usan para montar y nunca llevan carga. Los israelitas conocían muy bien estos camellos; los dromedarios de Madián y de Efa, parece eran los más famosos (Isaías, LX, 6). En las profecías de Jeremías, el pueblo de Dios es comparado a una dromedaria que hace mal uso de su libertad (Jerem., II, 23).

Lo mismo que nuestros arrieros a sus mulas, ponen los orientales a los camellos toda clase de adornos, borlas y campanillas. Los del ejército de Madián llevaban lujosos collares y adornos en forma de media luna, que formaron parte del botín cogido por Gedeón (Jueces, VIII, 21, 26). Cuando el camello ha de servir para llevar mujeres, se le pone sobre la corcova una especie de litera con mantas y cojines, y generalmente con un toldo que defiende a las viajeras de los ardores del sol. Probablemente, en una de estas literas, y no en una albarda, como suelen traducir casi todas las versiones, fué donde Raquel escondió los ídolos de casa de Labán (Gén., XXXI, 34); y acaso también Rebeca y sus mozas ocuparon literas semejantes cuando la primera iba a reunirse con Isaac. El capítulo en que se habla de esta última escena, que es

el XXIV del Génesis, debe ser aquí recordado, porque en los episodios que, rebotando orientalismo puro, se narran en él, figuran con frecuencia los camellos que llevaba el fiel mayordomo de Abraham al ir a buscar esposa para el hijo de su señor.

Al volver de la cautividad de Babilonia, seguramente los israelitas llevarían con los camellos ordinarios algunos de la especie de dos jorobas, que en Persia y en Babilonia era más conocida que la otra. Esta especie se ha usado a veces, y aun se usa hoy, para arrastrar vehículos: un carro de camellos se menciona en Isaías, XXI, 7.

El pelo de camello, muy usado para hacer tiendas, se empleaba en la antigüedad para hacer un tejido burdo, del que vestía Juan el Bautista (Mateo, III, 4).

Recordemos, para terminar, la máxima de Jesucristo, según la cual es más difícil para un rico entrar en el reino de los cielos, que para un camello pasar por el ojo de una aguja (Mateo, XIX, 24). Piensan algunos que aquí la palabra griega *kamelos* no significa camello, sino un género de hilo muy grueso; pero si se tiene en cuenta que en otra ocasión también tomó el Maestro aquel animal como prototipo de cosas grandes y difíciles de pasar por sitios estrechos (Mateo, XXIII, 24), parece más verosímil que en este caso se refiriese también a él, y entonces habrá que entender por *ojo de la aguja* el pequeño postigo que durante la noche permanecía abierto en las murallas de las antiguas ciudades, postigo apenas suficiente para dar paso a un hombre, cuanto menos a un camello.

ANGEL CABRERA

Si amas a Dios. . .

Si amas a Dios, en ninguna parte has de sentirte extranjero, porque Él está en todas las regiones, en lo más dulce de todos los paisajes, en el límite indeciso de todos los horizontes.

Si amas a Dios, en ninguna parte estarás triste, porque, a pesar de la diaria tragedia, Él llena de júbilo el Universo.

Si amas a Dios, no tendrás miedo de nada ni de nadie, porque nada puedes perder, y las fuerzas del cosmos serían impotentes para quitarte tu heredad.

Si amas a Dios, ya tienes alta ocupación para todos los instantes, porque no habrá acto que no ejecutes en su nombre, ni el más humilde, ni el más elevado.

Si amas a Dios, ya querrás investigar los enigmas, porque le llevas a Él, y es la clave y resolución de todos.

Si amas a Dios, ya no podrás establecer con angustia una diferencia entre la vida y la muerte; porque en Él estás y Él permanece incólume a través de todos los cambios. — *Amado Nervo*.

Este número ha sido revisado por la censura.

A TRAVÉS DE LA PRENSA

La vuelta de Lourdes.

De los 550 enfermos que salieron de Barcelona para Lourdes ni uno solo ha curado. Todos, exceptuando a dos que tuvieron la fortuna de morir por el camino, han regresado como se fueron. Peor aún, porque ahora no les queda ni la esperanza del milagro. El atacado de corea volvió bailándole todos sus miembros; el paralítico, con su rigidez; el elefantiaco, con sus deformidades; el ciego, sin ver; el canceroso, con sus dolores; el hidrópico, con su vientre gigantesco; el leproso y el roído por el eczema, con sus caras de monstruo; el hidrocefalo, con su cabeza de animal fabuloso; el tísico, con los pulmones destrozados, echándolos a pedazos por la boca. . . El *¡Ave Regina!*, el *Kyrie eleison*, el *Magnificat* y el *Parce Domine, parce populo tuo*. . ., entonados con ardiente fe por los enfermos y los seis mil peregrinos que los acompañaban, mientras el tren volaba hacia donde la Virgen apareciera a la Bernardette; los ruegos, los votos, la deprecaciones, los rezos elevados al cielo frente a la gruta, y las abluciones, a veces curativas, de la piscina milagrosa, no han sido esta vez propicios a los enfermos incurables de la expedición catalana organizada por la Asociación Internacional de Nuestra Señora de la Salud.

Dios y la Virgen sabrán por qué razón la suerte no ha acompañado a nuestros enfermos y a otros si. Misterios son éstos que no está al alcance del hombre el desentrañarlos. No cabe más que compadecerse de los que se fueron en busca de curación y han vuelto con sus deformidades, sus dolores, su incapacidad para la vida, agotados, muertos civilmente.

El desembarco en la estación de Francia de estos 500 infelices, tronchados después de un viaje de veinte horas, realizado inevitablemente en malas condiciones, desilusionados, desesperanzados, sabiendo que volvían para ser nuevamente enterrados en el hogar, en el sanatorio o en el hospital de incurables, recibidos en el andén de la estación por sus padres, sus maridos, sus hijos, sus esposas y sus hermanos, que los abrazaban, besaban y acariciaban llorando, era un espectáculo que partía el alma, oprimía el corazón y paralizaba la voz en la garganta.

Hemos visitado manicomios, cárceles, anfiteatros de hospital, antros del vicio; hemos presenciado el regreso de enfermos y prisioneros de guerra; hemos sido testigos de catástrofes terribles, y nada nos ha impresionado tan dolorosamente como la vuelta de Lourdes de estos enfermos rebeldes a la ciencia y a la tautología, sombras de seres humanos, ya sin otra esperanza ni otro deseo que la liberación definitiva, cayendo en brazos de sus familiares, bañándose mutuamente el rostro con abundantes lágrimas.

Y había madre que con su hijito ar-

diendo de fiebre, que debía acabar con él, o con la cabeza de monstruo que no podía sostener, o atacado de parálisis infantil, o con las cuencas de sus ojos vacías o cerrados a la luz, desencantada de no haberse operado el milagro que anhelaba, daba gritos tan horribles que parecían penetrar en la carne como un acero; otra, por las mismas causas enloquecida de dolor, lloraba y reía, como Andrómaca ante el cadáver de Héctor; dos pobres viejos, marido y mujer, fingiendo una serenidad que no tenían, pálidos y temblorosos, trataban en balde de consolar a una su hija de veinticinco años, tuberculosa en último grado, y a un matrimonio joven, ella enferma, vuelta de Lourdes como todos, sin resultado, hubo necesidad de separarlos, de «desbrazarlos» y darles un cordial para que recobrasen la vida que momentáneamente habían perdido.

De aquella muchedumbre, compuesta de pacientes tendidos en sus camillas o que en brazos de las asistencias o de sus familiares eran conducidos a los coches que debían llevarlos al sanatorio, a sus casas o al hospital; de deudos de enfermos y peregrinos, partían ayes de dolor, voces angustiadas, roncos gritos de desesperación, imprecaciones, sarcasmos, blasfemias. . . Ni una nota consoladora en aquel ambiente de siniestra jornada bíblica. Por otra parte, una sonrisa hubiera parecido una profanación. Todo era penoso, enervante, desgarrador.

Se formaban grupos. En ellos se comentaba el viaje a Lourdes realizado cinco días antes. Se hablaba de la inmensa alegría de los enfermos al acomodarse en el tren que debía conducirlos a orillas del Gave; de sus candorosos optimismos; de su fe delirante; de sus esperanzas puestas en las bondades de la Virgen; de cómo recordaban y comentaban muchos milagros que había la Santa realizado; del fervor con que por la noche, rodando el convoy por tierras de Francia, cantaban las vísperas de la Virgen, a ella tan gratas:

— *Ora pro nobis, sancta Dei genitrix.*

Después, de un salto, se volvía a la realidad abrumadora, al fracaso total de la expedición, a lo infructuoso del viaje, a aquella vuelta tan triste, tan lacerante, sin poder relatar un milagro, una curación, una tan sólo. Entonces todas las miradas convergían compasivamente hacia los enfermos que aún quedaban en el muelle: llorosos o entristecidos aquellos que tenían conciencia de su desgracia; indiferentes a todo aquellos otros que por cretinismo no la tenían.

Al fin, no pudiendo resistir tan deprimentes escenas, abandonamos aquel lugar de dolor, al que nos habían llevado causas bien ajenas al regreso de la peregrinación a Lourdes.

Pero al llegar a la calle tuvimos que presenciar otra que no esperábamos: la de un enfermo acomodado en un coche-cito que pedía a voz en grito que lo matasen. . .

ADOLFO MARSILLACH.

En Informaciones.

Revista de libros. Información Evangélica.

DIOS Y EL HOMBRE O SIGNIFICADO DE LA ORACIÓN, por Harry Emerson Fosdick. La Prensa Abingdon-Nueva York.

Los que conocen los dos libros ya publicados en español de este renombrado predicador norteamericano, *El significado de la fe* y *La personalidad del Divino Maestro*, verán con placer la aparición de una nueva obra de autor tan original, estimulante e instructivo. Esta obra está dividida, como las anteriores, en doce capítulos, dispuestos para ser estudiados en otras tantas semanas, con pasajes bíblicos y oraciones para cada día. Estudia todas las cuestiones difíciles y profundas referentes a la oración, contesta a las objeciones que se hacen a esta práctica universal y señala las condiciones de la oración eficaz y victoriosa.

Un volumen de 206 páginas de nutrida lectura. En rústica, cuatro pesetas. En tela, seis pesetas.

LA HISTORIA DE LOS VALDENSES, por el Profesor Ernesto Comba. Versión española de la primera edición italiana, por Levy Tron y Daniel Bonjour Dalmas. Buenos Aires.

Una historia interesantísima y bien documentada de la iglesia heroica que mantuvo encendida la luz del Evangelio en medio de las tinieblas medievales, y que dió millares de mártires a la verdad. Abarca desde los orígenes hasta nuestros días. Profusamente ilustrada, 288 páginas. En rústica, siete pesetas. En tela, nueve pesetas.

PARÁBOLAS DE JESÚS, explicadas por el Profesor Enrique Bosio, Doctor en Teología, ex decano de la Facultad de Teología Valdenses, y vertidas al castellano por el Pastor Levy Tron. Montevideo.

«Las Parábolas de Jesús — dice el autor en el prefacio — son únicas en el mundo... Llevan en sí mismas el sello de su propia autenticidad. Su inimitable belleza, la sublimidad de sus enseñanzas acerca del Reino de Dios, prueban claramente su origen divino... Ellas llevan la señal de Aquel que vino del cielo para ser la Luz del mundo y revelarnos al Padre.»

En este pequeño volumen están estudiadas por un comentador inteligente, espiritual y piadoso. Son estudios breves, pero que hacen destacar de una manera clara y práctica las enseñanzas principales de las parábolas. 89 páginas. Cubierta de cartulina, dos pesetas.

LAS CREENCIAS DE LA HUMANIDAD, por E. C. Soper. Imprenta Metodista.

Un estudio interesante, claro y ameno, de las principales religiones, Politeísmo, Brahamanismo, Budismo, Mahometismo, que demuestra la divina superioridad del Cristianismo y su carácter de religión final y suprema. En tela, cuatro pesetas.

Esta semana:

MADRID. — Domingo 1.º — Cultos públicos con predicación. Once de la mañana: Beneficencia, Calatrava, Noviciado, Trafalgar y Lavapiés. Seis de la tarde: Beneficencia y Lavapiés. Nueve de la noche: Trafalgar y Mesón de Paredes.

BARCELONA. — Domingo 1.º — Cultos públicos con sermón. Por la mañana: diez, Clot; diez treinta, Pueblo Nuevo; once, Ripoll, Diputación y Sans. Por la tarde: cuatro, Sans; cuatro y media, Diputación;

■ ■

En la Iglesia del Redentor.

Durante la ausencia del pastor D. Fernando Cabrera, han predicado en esta Iglesia, en los cultos del Domingo 18 por la mañana y el Domingo 25 por la tarde, los pastores D. Teodoro Fliedner y don Enrique Lindegaard, dando una prueba visible de fraternal cooperación intereclesiástica. Los restantes cultos han estado a cargo de D. Adolfo Araujo.

Misión Presbiteriana Española.

Brooklyn, Estados Unidos.

Los Domingos, de dos a tres de la tarde, Escuela Dominical; de tres a cuatro, servicio de predicación.

Los jueves, a las ocho de la noche, servicio de oración. Spencer Memorial Church, Remsen Clinton St.

— o —

Nueva York (Manhattan).

Los Domingos por la noche, de siete y media a nueve de la noche. Calle 113 y número 69 al Oeste.

A todos estos servicios está usted invitado.

— o —

El Pastor está dispuesto a ayudarle en lo que pueda.

Dirección. 57 W. 114th. St., New York, City.

Iglesia Bautista de Valencia.

La Iglesia Bautista de esta capital celebró el Domingo 11 del actual un culto especial, durante el cual fueron recibidos como miembros comulgantes, mediante pública profesión de fe y bautismo, diez nuevos congregantes, tres señoras y siete hombres. El pastor D. Rafael López Arias predicó acerca del acto que iba a realizarse. El culto terminó con la celebración de la Santa Cena, de la cual participaron los nuevos hermanos. Al acto acudieron her-

manos de algunos pueblecitos de los alrededores de Valencia, cuya presencia contribuyó a la mayor alegría de todos.

■ ■

REGISTRO

Matrimonio. — El día 4 de Julio se solemnizó, en Tetuán, el matrimonio de D. Samuel Vidal Chini-brea con la señorita Loida Torrealba Ordóñez. Dirigió la ceremonia religiosa, previo contrato civil verificado ante el Juez de paz de la misma localidad, el pastor D. Hugo Muir. Los recién casados, a quienes deseamos toda clase de felicidades y bendiciones, ofrecen a sus amigos su domicilio, en Ceuta, Jaúdenes, 37, 2.º izqda.

Los milagros y los cristianos.

Cuando alguien me pregunta por qué creo yo en los milagros, le contesto: «Porque los he visto».

— ¿Cuándo? — me pregunta.

— Ayer mismo — le contesto.

— ¿Dónde?

— En tal o cual lugar conocí un hombre que era un borracho consuetudinario, y quien fué redimido y regenerado por el poder de un Cristo invisible. Eso era un verdadero milagro.

El mejor argumento del Cristianismo es un cristiano, aunque muchos no se fijan en este hecho. Se aducen más de cincuenta argumentos en favor de los milagros, pero ninguno es tan contundente como éste. Quizá tú mismo, lector, eres uno de esos argumentos. Muéstrate delante del mundo inconverso, de manera que con tu ejemplo solamente puedas convencer a las personas más incrédulas. — Henry Drummond.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

Precios de suscripción:

Un año.	8 pesetas
Seis meses	4 »
Extranjero: Un año.	15 »
Seis meses.	8 »
América: Un año.	2 dólares
Seis meses	1 »
No se admiten suscripciones por menos de seis meses.	
Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero o 1.º de Julio.	

Suscripciones por paquetes:

Paquetes de 10 a 50 ejemplares:	
España.	6 ptas. por ejemplar al año.
Extranjero	12 » » » »
América	1,50 dólar » » »
Paquetes de 51 ejemplares en adelante:	
España	5 ptas. por ejemplar al año.
Extranjero	10 » » » »
América	1 dólar » » »

Las suscripciones de paquetes en España podrán pagarse por trimestres, pero siempre dentro del trimestre respectivo.

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
BENEFICENCIA, 18. MADRID. 4
APARTADO 4024
ADMINISTRADOR:
FERNANDO CABRERA

Ayuntamiento de Madrid

Esfuerzo Cristiano

Evitando toda falsedad.

Dom. 8 de Agosto. Lev., 19, 11 y 12;
Prov., 6, 16-19.

Lecturas diarias.

Lunes . . Las primeras mentiras . Gén., 3, 4-12.
Martes . . Mentira de Cain Gén., 4, 9.
Miércoles. Produce desengaño . . . Mat., 2, 1-8.
Jueves . . Conduce a la bajeza . . . Luc., 20, 20-26.
Viernes . . La mentira teme al hom-
bre y desafía a Dios . . . Hech., 5, 1-11.
Sábado . . Dónde tiene su fin Apoc., 21, 8.

Sugestiones preliminares.

El cristiano debe ser amante de la verdad y preferirla a todo, sabiendo que en esto es un imitador de Dios, el cual se nos revela en su Palabra como un Dios de verdad.

La mentira es contraria a la razón, a la justicia, al amor, a la equidad y a todo lo bueno. Debemos decir siempre la verdad por un sentimiento de honradez, fundándonos en aquella máxima, llamada la *regla de oro*, según la cual no debemos hacer a otros lo que no queremos que los demás hagan con nosotros. Como no nos gustaría que nos engañaran, no debemos engañar a nadie. Como no nos gustaría que nos dijese una mentira, debemos nosotros guardarnos de decirla.

El hombre que es cogido en una mentira pierde su crédito delante del mundo, ¿qué no perderá delante de Dios?, que ama la verdad en lo íntimo, y abomina toda clase de falsedad y engaño?

Temas para pensar.

¿Cómo podremos evitar la falsedad? ¿Qué daños hace la mentira? ¿Cuál es la posición moral del mentiroso? ¿Qué castigo tendrá el mentiroso impenitente?

Pensamientos.

La verdad debe ser como el cincel que modele nuestro carácter: fuerte, para separar de nosotros lo que nos estorba; inflexible, para producir los rasgos verdaderos y para llegar hasta donde debe.

Alguien ha dicho que nuestra vida no tiene más que lo que ponemos en ella; procuremos no llenarla de mentiras, ni aun mancharla con una sola.

Siendo Cristo un maestro infalible, sus discípulos no deben engañar en manera alguna.

Todo lo que se edifica sobre la mentira vendrá abajo algún día, como lo edificado sobre arena. Sólo permanecerá lo edificado sobre la roca de la verdad.

La verdad es amable, porque está en conformidad con la naturaleza de las cosas, con la tranquilidad de nuestra conciencia y con la voluntad de Dios.

Entre la mentira y la hipocresía hay una grande relación. El hipócrita es un mentiroso, y el mentiroso es un hipócrita. ¡Cuánto debemos aborrecer y abominar los cristianos semejantes vicios!

La mentira es una mancha sobre nuestra conciencia, un borrón sobre nuestro carácter y un elemento de corrupción en nuestra alma.

Sociedades infantiles.

Lecciones del Salmo 23.

Dom. 8 de Agosto.

Sal., 23.

El mejor pastor del mundo no puede cuidar de sus ovejas tanto ni tan bien como Dios cuida de nosotros. El pasto con el cual alimenta nuestra alma es su Palabra. El agua que nos da es su Espíritu. Además de alimentarnos, nos defiende. Después de cuidarnos en esta vida, nos llevará a los prados celestiales. ¿Qué hace Dios para nosotros? ¿Cómo nos cuida? ¿Adónde nos llevará cuando nos saque de este mundo?

DOÑA NIEVES

Novela de costumbres sociales

por

EMILIO MARTÍNEZ

La última novela que escribió el popular autor de *Pepa y la Virgen*, publicada por la Tipografía de «El Faro», de Méjico. Con un prólogo de D. Angel Dijón y unas palabras de presentación del Dr. Plutarco Arellano.

Doña Nieves, aunque de distinta posición social, es una verdadera hermana de *Pepa*, y su historia, no menos interesante que la de ésta.

Un volumen de 238 páginas.

Precio: 3,50 pesetas.

Pídase a

Sdad. de Publicaciones Religiosas
Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID

Escuela Dominical

El don del maná.

8 de Agosto.

Ex., 16, 1-36.

TEXTO AUREO: *Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida.* — Juan, 6, 35.

Pasado el Mar Rojo, comenzó la peregrinación del pueblo israelita por el desierto. Al mes próximamente de su liberación y hallándose en el desierto de Sin experimentaron por primera vez la prueba del hambre, y murmuraron, al parecer contra Moisés, en realidad contra Dios, que los había llamado de la esclavitud a la libertad. En su ingratitud recordaron las ollas de carne de Egipto, pero no el látigo de los capataces. La escasez presente les hacía recordar la abundancia pasada, pero no los sufrimientos y la degradación que la acompañaban. El pueblo rara vez sabe apreciar los privilegios de la libertad.

Dios entonces hizo la promesa de enviar pan en una forma que había de poner a prueba la fe del pueblo. El pan vendría día tras día, sin que se viera cómo ni de dónde, para que los hijos de Israel aprendieran a confiar constantemente en

su Dios, y a esperar de Él la satisfacción de sus necesidades. También habían de aprender a guardar el día de reposo en el cual el maná no descendería, cayendo, en cambio, una doble porción el día anterior.

Moisés comunicó al pueblo lo que Dios había dicho, y anunció que la gloria de Jehová aparecería visiblemente en la nube para que comprendieran que Dios estaba con ellos y había oído sus murmuraciones.

Dios proveyó también carne. Las codornices vinieron de una manera natural, porque todo en la Naturaleza, vientos, aguas, nubes y aun las aves del cielo, obedecen las órdenes de Dios. Es frecuente en la primavera ver grandes bandadas de codornices que atraviesan el Mar Rojo y se encuentran tan fatigadas después de esta travesía, que pueden ser cogidas con suma facilidad.

Solamente en dos ocasiones se refiere que los israelitas comieran codornices provistas de este modo. Aquí y en el desierto de Parán. (Núm., 11, 31-34.)

El maná recibió su nombre de la pregunta que los israelitas hicieron al verlo por primera vez: «¿Man hu?» ¿Qué es esto? Su descripción no corresponde con las propiedades de algunos productos naturales del desierto llamados actualmente maná. Por la abundancia y regularidad con que fué proporcionado a los israelitas era un don milagroso de Dios.

Nuestro Señor, en el capítulo VI de San Juan, se nos presenta como el verdadero pan del cielo prefigurado por el maná. Los puntos de semejanza entre el símbolo y la realidad son muy notables. Cristo, como el maná, viene del cielo; satisface plenamente las necesidades de nuestra alma; debe ser buscado temprano; puede ser aprovechado por todos; cada uno debe recibirlo personalmente por la fe.

«¿Cuántos de nosotros no tenemos idea de lo que Cristo quiso decir por «el pan de vida», sencillamente porque no nos preguntamos qué queremos que sea nuestra vida! Pero si decidimos dar a la vida su sentido más amplio y considerar sus verdaderas posibilidades; si la vida es para nosotros el poder de apartarnos más y más del pecado, de resistir las tentaciones y de sufrir las adversidades; si es rehabilitación tras el fracaso, curación de heridas y valor hasta la muerte; si sabemos que hemos venido del Padre, que ha hecho de su imagen nuestro ideal y del cumplimiento de su voluntad nuestro destino; si nos damos cuenta de lo lejos que estamos de tal ideal y de lo difícil que es realizar esa voluntad; si la vida es tal libertad, tal esperanza, tal lucha, entonces sólo Cristo es la fortaleza de nuestras vidas. No nos fallará en ninguna de sus necesidades y conflictos; quien a Él acuda, nunca tendrá hambre; quien en Él crea, no tendrá sed jamás.» — G. A. Smith.

Lope Galindo ofrece sus servicios como zapatero a los evangélicos de Madrid.
Calle de Leganitos, núm. 55, bajo.

Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA